

NÉSTOR DÍAZ DE VILLEGAS  
Sabbat Gigante

LIBRO SEGUNDO  
*Saigón*

*bokeh* \*

© Néstor Díaz de Villegas, 2018

© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2018

© Ilustraciones: Israel Viera León & Néstor Díaz de Villegas, 2018

© Bokeh, 2018

Leiden, NEDERLAND  
[www.bokehpess.com](http://www.bokehpess.com)

ISBN 978-94-91515-95-8

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

## LIBRO SEGUNDO

EL SUPPLICIO DE LOS HERNÁNDEZ . . . . .	15
¡AQUÍ ESTÁ ROSA! . . . . .	49
¡SALTA AQUÍ!. . . . .	89
EL MALEFICIO . . . . .	157
LAS EPÍSTOLAS DE MAGALI PERDOMO. . . . .	195
ADDENDA Y CORRIGENDA . . . . .	231
LA GRAN JOTA . . . . .	317



condiciones... ¿Tienen los micrófonos abiertos? –preguntó, lanzándonos una mirada perentoria.

Isaac boqueaba, molía con las quijadas. Encendió dos cigarros y, sin preguntarle, le empujó uno en la boca.

–¡Oh, gracias, muy amable! ¿Qué es eso de hablar de revolución y no atreverse a encender un cabrón cigarro? ¡Erre con erre!

Su risa crujió como un celofán arrugado.

–¡Cierra esa puerta!

Alcé el gajo del micrófono. Papá se colocó la consola en las rodillas y los audífonos en las orejas. Recostada a los raíles estériles de la cama, atrincherada tras sus gafas oscuras, Blanca Rosa empezó diciendo...

165

[*Nota bene*: El núcleo de lo que Rosa expondrá a continuación estaba implícito, básicamente, en el cartapacio de prensa que yo misma compilé por esos días. Acostumbrada a trabajar con el rigor metodológico propio de la academia (húngara), y de acuerdo a unos principios investigativos más que probados –y no al estilo de los periodistas líricos del Exilio– estimo que mi resumen dará una mejor idea del problema en cuestión –la mujer engañada, la patria abandonada, la revolución traicionada– que los balbuceos de la enferma. De vuelta al estudio, nos valimos de una actriz que leyó en cualquier orden los recortes de periódicos. Cito las fuentes por costumbre, por si algún día futuros investigadores quisieran entrar en detalles].

*El Cumanayagüense Libre*, «La conspiración de Rosa Blanca» [sic], marzo 14, 2000

«Con pocos meses de diferencia, yo y él... Fue sietemesino, del signo del toro. ¿Me? Escorpiona. Entiendan, nunca me lo ha perdonado. Fui la favorita. De ahí vienen nuestras desavenencias, aunque mi hermano Federico las achaque a la política. ¿Y ahora de qué me acusa? Nunca simpatizó. Nueve y quince meses, respectivamente, después de casados nuestros padres, vinimos al mundo. La zapatería era todo para ellos. Mamá le llevaba la tarea a papá al banco desde muy jovencita, desde que era una simple empleadita en los talleres de Aarón de la Torre, y papá un aprendiz. ¡Cada día de su vida fue una tarea! La pobre, era pequeña, pecosa. El contraste de su claridad natural y la oscuridad de aquel pueblucho mezquino... Tal vez fue eso lo que la empujó hacia mi padre... un hombre alto, rubio, con mis mismos ojos, que sacó mi hijo. ¡No! ¡No me sacó los ojos! Eran como las manzanas navideñas, que venían envueltas en papel azul. Sí, ya sé: cría cuervos... Quería decir, por Navidad, una vez al año. No eran comunes y corrientes, *para nada*. La Ideal llegó a emplear a veintisiete obreros. Fue el fruto de los desvelos, y también del capricho de papá. No sé si lo saben, pero casa y fábrica eran lo mismo entonces, ocupaban un espacio dividido meramente por escaparates y tabiques. Metida dentro de un armario, arrebujada en un abrigo de astracán, mamá vio a mi padre por un hueco de Judas abierto en las tablas. Digamos que papá entonaba el kidush en el chinchal de Aarón, donde ella vivía agregada. Se vivía en la fábrica, se fabricaba en casa, se concebía en el medio... ¡El techo era enorme! De niños nos acostábamos bocarriba a contar estrellas. El cielo empedrado, poniendo

cuidado en no partir las tejas, caminábamos por el techo del caserón. Allí encontrábamos cosas perdidas hacía tiempo. Después adquirieron la finca de la montaña. La casa de arriba y la de abajo, les gustaba todo simétrico. Un chalet moderno al fondo de un valle pintoresco, El Pardes. ¡Cosas de mi padre! Abajo, la casa vieja. El salón de las máquinas tenía techo de tabloncillo con coronas de lirios pintadas a mano, sobre fondo verde, decían que había sido un hospital de sangre. Lo sostenían ocho horcones recubiertos con tablas de cedro. Cuatro portones altos, dobles, remachados, medio medievales, que abrían al Prado y daban acceso al recinto interior. Fueron pobres de solemnidad, pero ahora estaban bien, mejor ubicados, en el mismo centro urbanístico de la calle Real. ¿Dije urbanístico? Bueno, pues no es un secreto que me he dedicado a lo inmueble. Compró y vendo casas, sí, las pinto y las reparo para que otros las vivan. ¡Sé que por ahí me dicen la Madre de Las Casas! Entonces, es mi negocio, y no me avergüenzo. Compré y vendí, en mi vida, creo que más de mil. No, dos mil. ¡Saquen la cuenta! Lo que me atrajo de los Hernández no fue El Niño, *per se*, sino la casita. Lo confieso. Ardía en deseos de verla por dentro, de escudriñar sus escrituras. Tal vez no concientemente... Antes que sean de nadie, las hago mías. Después, ya no me interesan...»

*El Mercurio de Hialeah*, mayo 17, 1995: «Patriota y emprendedora incuestionable»

«Mis rebeldes pasaron a la historia con el nombre de *comevacas*. ¡Porque vivíamos en una época de vacas gordas... ! En medio de la guerra reinó la tranquilidad. ¡La abundancia! Pagamos cada bala a dólar. Batallas ganadas sin disparar un tiro. Ni uno solo...»

¡Despierta, Miami!, «Habla Rosita Ginzburg: ¡Me engañaron!», octubre 7, 1970.

«La revolución fue un negocio. Un negocio sucio. Un negociazo. Un mal negocio...»

«La zapatera contestona», Blanca Rosa Cordobero se abre con Rita de Lorca, *Artistilandia*, octubre 24, 1980.

«Desde el momento en que Saulo Cámara descendió del techo de la cuadra y se me plantó delante, y me agarró por los hombros, y me habló de convencer a mi padre, de ganarlo para la revolución [...] y desde el preciso instante en que posé los ojos en la estrellita de seis puntas que adornaba su boina roja, terciada sobre la frente, cubriendo apenas la ceja poblada, oscurísima, escarchada de sudor, caí presa de un arrebató, de una fiebre patriótica, que francamente...

Se dio vuelta en la cama y nos encaró:

«...dura hasta el día de hoy, cuando estoy a punto de entrar en el convento. Todavía corre por mis venas ese deseo insaciable, ese mal incurable, una añoranza brutal... Sí, una ardentía horrorosa que continúa quemándome, consumiéndome por dentro, aquí, aquí, a cada instante... Acapara todos y cada uno de mis pensamientos, por siempre, por...

Una risa rabiosa sacudía los hombros del hijo.

«Ríete, ríete de mí todo lo que quieras, bobito... Pero escucha bien: so pretexto de respirar el aire puro de la finca, yo subía a la montaña dos y tres veces por semana. Después cuatro y cinco. Mi primera misión fue transportar bombillas para la planta transmisora de señales de radio. ¡La radio rebelde! Mi paso por el puesto de control de los casquitos en La Campana aseguraba la paz en El Pardes... y, ¿a quién iba a ocurrírsele requisarme a mí, a Rosita Cordobero, una mujer de moda dedicada a las banalidades de la vida? Las

postas de Saulo custodiaban el campamento y, mientras tanto, subíamos a la piscina de Adah, merendábamos entre los pinos, nadábamos desnudos en el agua fría y nos abandonábamos a nuestras cuestiones...»

Ahora era la madre la que reía ruidosamente. Isaac intentó ripostar, pero las palabras no le salían. El aire acondicionado de los hospitales, más frío que la muerte, soplaba directamente sobre su cabeza.

Por fin logró castañetear algo ininteligible.

—¿Lo dijo Lenin? —le preguntó Rosa—. ¿Que les vendimos la sogá? Pero, ¡qué perogrullada, Isaac! Y, ¿por qué no? Se compra y se vende, como es natural. A lo mejor fue el mismísimo Adonay quien decidió que bajaran al pueblo en la época de las grandes rebajas. ¡Prácticamente en Nochebuena!

*Cascabel, cascabel, lindo cascabel...*

Cantó enmorfinada.

—Fuiste concebido en el monte, en ese glorioso instante. ¡Por culpa de la revolución llegaste al mundo demasiado tarde! Porque, entonces, de repente, se hizo tarde para todo... Por mucho que tratamos... ¡agrr! En cuanto sentí las primeras contracciones, apreté las piernas. Por tu bien, ¡te lo juro! Lo del cordón umbilical sería un factor, pero solo un factor... Me agarré de él para estrangularte. ¡Es un decir, bobo! La fábula de tu estrangulamiento prematuro... ¡otro invento de tu tío Federico! Te repito que naciste tarde, prematuramente tarde<sup>11</sup>. ¡Tarde para Cuba! Porque debes saber que, para ese entonces, ya estábamos *virados*. Sí, virados. Entiéndelo. ¡Hartos de aquello que tanto habíamos añorado!

---

<sup>11</sup> Véase *Protocolos de las comadronas de Sión*, §6o.

Era la misma frase que el Locutor en Jefe repetiría unas semanas después, al despedirnos en el embarcadero. Y estábamos en el embarcadero —¡literalmente embarcados!— porque, cuando ya no servimos para nada, cuando finalizó el «cuento de hadas» y dismantelaron el «circo», y no hubo Niño que anunciar, cancelaron también nuestro programa.

¡Prematuramente tarde!

Entonces las populares entrevistas con Rosita Ginzburg desde el hospital Monte Sinaí, las borrascosas confesiones de Isaac Kámara, las dramatización de *El suplicio*, las horas de micrófono abierto con Federico Israel Cordobero, provocaron la ira, y no la admiración, de los jóvenes radioescuchas. ¡Los oyentes se nos habían virado! Y los patrocinadores «cogieron monte».

«Ya para esa época se habían virado...», exclamó el Locutor en Jefe, frente al embarcadero.

«¿Virado de qué?», demandó Isaac.

«Cogieron monte», suspiró el Locutor, llevándose el pañuelo a la frente.

Rebobinemos: esa madrugada el Locutor en Jefe entró en el estudio dando un portazo. Había venido a ver a Isaac: «Pues mira, que me da muchísima pena contigo, y con la difunta», le oímos decir detrás de los cristales de la cabina, con los micrófonos todavía abiertos, «...esencialmente con la difunta, a quien me une, me unía, mejor dicho, una legítima amistad... Pero, ¡que me parta un rayo si no te vas hoy mismo! ¡Te largas, Isaac! Ruido es lo que has traído a esta

emisora, y ruido es lo que nos sobra, precisamente en este momento coyuntural... ¿No ves lo que está pasando allá afuera? ¡La ciudad arde en llamas! Lo dije en el matutino: *El dos mil ha sido peor para Cuba que el cincuenta y nueve...* ¡y lo escribiste tú mismo!»

El pobre escritor no lo recordaba.

«Me pregunto... nos preguntamos todos», continuó el Locutor en Jefe, remangándose la faja de un pantalón color vino que casi le tocaba las axilas, «si puedes captar, digamos, en el estado en que te encuentras, la gravedad de los acontecimientos. Te damos un chance. Ahora debes entender que *La edad de piedra* se ha trastornado... ¡que diga, trastocado! Te lo comunico: para los nuevos, Martí ya no es lo que era. Es otra cosa. Una generación desencantada arriba hoy a nuestras playas...» (Le tocó el hombro: Isaac pegó un salto). «Nada de Peter Pans, ¿eh? Un paseo por la tierra de los indios micosukees te asentará. La naturaleza, ¿no? Regresar a la naturaleza, como dijo el filósofo griego. Solo por un rato, vamos. Te autorizo a llevarte a esos dos (comentó, apuntándonos, a través del vidrio). Coge el Efe-mérides y piérdete. ¡Piérdete! Date una vueltecita en el yate. Luego, ya veremos...».

Así vinimos a surcar el légamo.

De todas maneras, el Locutor debía viajar a la ciénaga ese fin de semana, a inaugurar una moderna planta y una nueva sala del Museo de Artefactos, y nos dio botella. Apañados en el asiento trasero de un suburbano que avanzaba por desoladas carreteras, internándose cada vez más en el atolladero, considerábamos nuestra situación.

—Por el momento, debemos escondernos —propuso Isaac, poniéndose serio—. Huir al monte, como cimarrones.

Años más tarde regresaríamos rejuvenecidos, prometió.

–¡Un viaje a la fuente de la eterna juventud! –exclamó mi padre, fingiendo entusiasmo.

–Sí, ¿y por qué no? Se sabe que el tío Adolfo regresó intacto en *Encuentros cercanos del tercer tipo* –bromeó el cinéfilo.

Reímos. El Locutor nos miraba por el retrovisor.

–No, no tengo intenciones de devolver el yate, ¿me acompañan? –volvió a preguntar Isaac, en un susurro.

–Donde sea y para lo que sea –afirmó el Hombre Rana.

Les advertí que no iba a embarcarme revolucionariamente en una nueva aventura condenada al fracaso. Le di un codazo a mi padre, pero no reaccionó.

–Entonces, camaradas, necesitaremos vituallas, linternas, carnadas, mantas, bengalas, un rifle, pertrechos, latería... ¡Ah, y un botiquín de primeros auxilios! Será un largo viaje –me oí decir a mí misma, espantada de constatar la influencia nefasta que Isaac ejercía en los otros. En nosotros.

162

Habíamos llegado a los Kaneyes y arrastrábamos los pies hacia el embarcadero. Más allá del estuario, en la jungla tupida, empezaba el reino de las sombras. Me sobrecogió saber que nos disponíamos a meternos en el gran marasmo. Era la famosa «selva oscura», cuya lobreguez tenía menos que ver con la ausencia de luz que con su inescrutable planicie.

Llegar a la orilla del pantano era como asomarse al confín del universo, a un fósil de la creación, el Chicxulub, o *Big Splash*: un millón de hectáreas aplanadas de un solo viandazo por el impacto de un aerolito. Si esta era «la oscuridad al mediodía» de que hablaba el Locutor en sus arengas

matutinas, tenía que darle la razón. La Florida emergió de la Gran Ola durante el cataclismo, y también, según decían, la Isla. Y ese mundo arcaico acogió a los rebeldes, a los viejos revolucionarios que vinieron a carenar al lodazal desde las lujuriantes espesuras del Escombray.

Hombres anfibios entrenados por la CIA se internaron allí, prófugos de la injusticia humana y divina. Y cuando dios los abandonó, cuando sus camaradas los traicionaron, cuando dismantelaron las carpas y desmontaron las cámaras y se cerró el «caso Cuba», y los hermanos Kennedy decidieron devolvérsela a su Padre —afirmó mi padre—, los Hombres Rana y los Hombres Pájaro y los Hombres Topo no supieron hacer otra cosa que seguir buceando, cavando, dinamitando, gateando y aterrizando, a fin de establecer en la selva las nuevas bases de operaciones y, una vez resignados al fracaso, un Museo de la Gesta, con cinco Kaneyes circulares que albergaran las reliquias de la guerra perdida.

«Río de mierda» lo ha llamado Isaac Kámara, el despótico antipoeta de la Florida, «...en flujo perpetuo, aunque imperceptible, incalculable, que desborda su lecho eternamente, y eternamente desemboca en sí mismo».

Allí estaba, transcurriendo frente a nuestros ojos, «como un ballet cuya coreografía demandara de los bailarines inmovilidad absoluta»<sup>12</sup>, la eminencia gris de los Everglades.

---

<sup>12</sup> «Hay posibles ballets donde los bailarines están simplemente parados en escena, congelados en sus posiciones asignadas. Pero, ¿habrá otros ballets similares a los más conocidos, como *El lago de los cisnes*, en los que el mismo patrón de los pasos de baile requiera que nada se mueva realmente?». Palle Yourgrau, *Gödel Meets Einstein*, 1999.

Poco antes de zarpar penetramos en la Galería de los Caídos. Caminábamos despacio, recorriendo cada lugar histórico, revisitando cada batalla y cada reliquia. Bajamos por una rampa hasta un paseo festoneado de bustos que conducía a un muelle subterráneo.

Afuera era de día, aquí era de noche. En la bóveda de un cielo pintado refulgían luceros artificiales. Pasamos por debajo de unos arcos de cristal donde relampagueaban luces frías, fundidas. En las paredes: retratos de combatientes difuntos que la posteridad había captado en fotos tipo carnet.

El Locutor se registró los bolsillos y sacó a relucir un puñado de monedas. Se las puso en la mano a mi padre e indicó una ranura. Las monedas cayeron en el cofre con un sonido bombo:

–Caí en una trampa-pa-pa-pá...

–En una embosca-ca-da-da-dá...

Un muñeco saltó de las sombras y se me echó encima. Su barba hirsuta me rozó la mejilla.

–Condenado a treinta años... a treinta años... aatreeen...

–tren... tren... tren... blinda-da-do-da-da-do...

–...blin... blin... blin... boing...

Los autómatas repetían estribillos.

–Circulares... perpetuas... circulares... perpe... cir...

–perpe... perpetú... tu-tu-tú...ta-ta-tá...

–Mi madre perpetua...

–Mi hermano me delató... mimela memomototó...

–Mi padre alante mechó...me... chó...

Fogonazos de luces salían por los cañones de las metralletas.

Ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ra-tá...

Un soldado gateaba en el cieno, en su sitio.

–¡Abran esos ojos! ¡Ábranlos! –demandó el Locutor en Jefe.

Reflectores antiaéreos cortaban las sombras. Me estreché contra Isaac. El Locutor me echó por los hombros su chaleco de pana. Entonces, nuestros perfiles violentos quedaron recortados en las tablas de palma.

–Como les digo, ya para esa época se habían virado...

–¿Virados contra quién? ¿Contra qué...? –aullé, tapándome los oídos.

–Sí, ¿contra qué? –gritó Isaac, al unísono.

El Locutor en Jefe nos miró fijamente. Después bajó la vista.

–¿De veras quieren meterse en ese atolladero? –gritó, por encima del estruendo.

Se estrujó las manos. Señaló unos muñecos.

–Sí, *virado*, un giro villareño. Me extraña que no lo conozcan. Tellería, uno de los jimaguas del negro remendón que vivía en la casita de cinc, al fondo del Callejón de los Talabarteros... Tu abuelo le había dado empleo al padre, y luego recogió al peor de los hijos, Zutano y Menganejo, no hace falta dar nombres. Uno no puede amilanarse ante los hechos, Isaac. ¡Prefiero serte franco! Tú madre no te contó, de la historia la mitad... Cordobero le dio un oficio al viejo, y también a los hijos, los metió en la casa, y ese fue su gran error. El negro viejo había servido en La Ideal, de mandadero, desde los tiempos remotos, cuando excavaron y encontraron toda esa porquería en los cimientos. El hijo bueno se alzó. A favor. Después regresó al monte lleno de odio... en contra. El otro era un cobardón y un entrometido. Pero un día, decide alzarse también. Cordobero convenció a Saulito,

tu padre, de que se le uniera, de que se lanzara por segunda vez. Ahora están todos alzados por partida doble, dando vueltas en la manigua, durante la lucha, la gran guerra, la dilatada batalla contra la dictadura...

—¿La dictadura? ¿Qué dictadura? —pregunté.

—Hubo más de una. Por lo menos dos<sup>13</sup>. Soy tan viejo que recuerdo una tercera (soltó un hondo resuello). Tu padre y Zutanejo debían unirse al otro, al que operaba allá arriba con la tropa del Mono Zulueta. Pero el hermano traidor solo buscaba conocer el paradero de la gloriosa columna anticomunista, para limpiarla. Sí, los muy canallas le llamaron *limpia*. Había que deshacerse de tu padre, Isaac, que ya apestaba. Cordobero lo planeó todo. La política es sucia, pero la familia, ¡es una pocilga! En fin, ya viste lo que pasó con los Hernández...

160

Tomó un buche de jarabe y recostó la espalda quemada al espejo, con los brazos afincados en el lavabo; se ajustó las gafas frunciendo la nariz. Dejó entrejunta la puerta del baño para desde allí hablarnos:

«Mis úlceras, son antiguas», siguió diciendo Blanca Rosa. «Quiero que sepan que este cáncer me viene carcomiendo desde hace décadas...»

Juntó las manos, como si rezara. Pero ya no creía en nada.

«Los cubanos, todos, padecemos de cáncer terminal. Solo es cuestión de dónde, cuándo, en qué hospital, en qué emergencia. ¡Nos corroe por dentro! (Se pasó un dedo desde la

---

<sup>13</sup> «La *unidad* es plural y como mínimo dos», Buckminster Fuller, *Synergetics*, 1975.